

En busca del cuento...

Christel Guczka

Ilustraciones
Ludvila





En busca del cuento...



En busca del cuento...

Christel Guczka

Ilustraciones

Ludvila



mx.edicionesnorma.com

D.R. © 2021, Christel Guczka del texto
D.R. © 2021, Guadalupe Calvo Leyva, Ludvila de las ilustraciones

D.R. © 2021, Educa Inventia, S.A. de C.V.
Av. Río Mixcoac 274, piso 3, ala B, colonia Acacias,
Benito Juárez, Ciudad de México,
C. P. 03240

Primera edición: marzo 2021

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular y con carácter doméstico. Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de forma total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado. Marcas y signos distintivos que contienen la denominación.

* El sello editorial “Norma” está licenciado por Carvajal S.A. de C.V., a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Coordinación editorial: J Lizbeth Alvarado Mota
Corrección de estilo: Laura Lecuona González
Diagramación: Gustavo Rivas Romero

Impreso en México - *Printed in Mexico*

ISBN: 978-607-13-1099-6

Índice

ORIGEN

El cuento de las brujas	9
-------------------------------	---

PRIMERA PARADA

El cuento del cordero	15
-----------------------------	----

SEGUNDA PARADA

El cuento del soplido	23
-----------------------------	----

TERCERA PARADA

El cuento mentiroso	31
---------------------------	----

CUARTA PARADA

El pequeño cuento	39
-------------------------	----

QUINTA PARADA

El cuento laaaaargo	47
---------------------------	----

ÚLTIMA PARADA	55
---------------------	----

ORIGEN

El cuento de las brujas

El bosque de este cuento podría parecer-te igual al de otras historias: tiene árboles de gran tamaño y lo habitan venados, aves multicolor, ranas, ardillas, insectos y, si sobra espacio en esta página, un gran oso amigable; todo transita en aparente paz, se oye el sonido del viento y el crujido de las hojas secas pero si te adentras un poco, verás una pequeña cabaña, a pocos pasos del río...

¿Que quién vive ahí? Una mamá con su hija, iy ambas son brujas! Ahora en la casa no hay nadie porque la madre se fue a la aldea a hacer sus maldades del día (no arrugues la frente, seguro que tú también las has hecho alguna vez) y la pequeña

aprovecha que su madre no está para zambullir los pies en el agua y dejar que los peces le hagan cosquillas mientras escucha el canto de los grillos, en absoluta tranquilidad y sin que nadie le grite. Se llama Hermelinda. Un nombre peculiar, ¿no te parece? Sí, ya sé que conoces muchos cuentos de brujas, pero a Hermelinda no le gustan las escobas voladoras: prefiere hacer ejercicio con la bici; no usa esos sombreros de pico ni le gusta usar vestidos negros: se siente más cómoda en shorts y visera. Es tan cortés que se sonroja de vergüenza cuando su madre dice groserías al ir por la calle. Sobre todo, le gusta ayudar a los demás. “¡Ash, qué aburrido!”, dirás, pero no siempre las buenas intenciones salen bien.

Por su parte, la bruja mayor se entretiene en sus pócimas y brebajes, hace conjuros a la luz de la luna, se tira pedos de vez en cuando y disfruta molestando a la gente. Apenas los aldeanos la ven acercarse, corren despavoridos.



Con estas grandes diferencias entre madre e hija, imaginarás lo difícil de la convivencia. Basta con que una lance una piedra con su resortera para que la otra corra a salvar a la víctima de tremendo chichón (aunque termine cayéndose encima de ella). Algunos habitantes le dicen a la bruja mayor: “¿Por qué no aprendes de tu hija a hacer cosas buenas?”.

Entonces la bruja madre llega refunfuñando a su casa. Le molesta que por culpa de Hermelinda se cuestione su mala reputación.

—¡Heeeeeer-meee-liiiiiiiiin-daaaaa! —grita enfadada al ver la cacerola de la comida llena de verduras cocidas. Ah, no te había dicho que la niña bruja es muy buena cocinera. También es muy respetuosa con los animales: si su madre atrapa a algún pobre bicho, ella busca la manera de dejarlo escapar.

Apenas la niña escucha su nombre, se pone los tenis y regresa corriendo al hogar.

—¿Dónde están las ancas de rana y las

patas de tarántula? —la recibe su madre, señalando la sopa.

—No las puse, mamá —responde Hermelinda un tanto afligida.

—¡Basta! ¡También me quieres volver vegetariana! ¡En este cuento ya no hay lugar para las dos!

Y es así como, de un escobazo, la madre lanza a Hermelinda por los aires fuera de esta página. Es momento de que busque otro cuento donde pueda habitar.



PRIMERA PARADA

El cuento del cordero

Hermelinda viene de su cuento anterior volando por los aires cuando de pronto un icrack! interrumpe su caída. Se revisa el brazo, la cabeza, la pompa, la pierna: todo en su lugar. Quien parece consternado es el piloto de una avioneta, asomado por la ventanilla. Con gestos y señas, el hombre se jala los cabellos con cara de terror: el vacío los espera. Entre las nubes, bruja, piloto y avioneta van cayendo en picada, porque el azotón rompió el ala de la nave. ¡Oh calamidad!

Tras unos velocísimos segundos se estampan contra la arena. No, no es la playa, no hay palmeras con cocos ni olas

chocando sobre las rocas, sólo arena... mucha arena por dondequiera que mires. ¡Adivinaste! Es el desierto. ¿Nunca has ido? Hace muchísimo calor y Hermelinda lo detesta. Un tanto mareada, abre los ojos y lo primero que ve de frente es a un niño de su edad.

—¿Estás bien? —le pregunta él con curiosidad mientras ella se levanta y se sacude—. Vi que llegaste del cielo, igual que yo —sonríe emocionado—. ¿De qué planeta eres?

—Del cuento de las brujas.

—¿Brujas? —se queda pensativo el niño—. ¿Qué es una bruja?

—Somos personas que tenemos el poder de la magia.

—Guau, ¿entonces puedes aparecer cosas?

—Digamos que sí... —dice un tanto apenada—. ¿Tú de dónde vienes?

—De un planeta lejano y muy pequeño donde apenas hay espacio para mi rosa, para mí y para unos cuantos baobabs.

¿Ahora me dices que esta historia te resulta conocida? Quizá sólo el principio, pero con Hermelinda nada es igual...

—Y estoy buscando un cordero. ¿Crees que puedas aparecerme uno? —le pregunta el chico.

—¡No irás a cocinarlo! —se impresiona la bruja, recordando a su mamá.

—¡Qué dices! —se ríe divertido—. No. Lo llevaré conmigo para que me ayude a comerse las hierbas que tanto daño hacen a mi planeta.

—De acuerdo... podemos intentarlo —la niña se talla las manos, da tres saltos y se pellizca el cachete izquierdo (toda bruja tiene un ritual especial para hacer magia)—: Turrungonia, Marsipuncia, Racotapio, Soproterio: ¡hagan que de esta arena aparezca un cordero!

Los dos niños esperan, sin suerte. Quizá si Hermelinda prueba de nuevo, ahora con nuestra ayuda. A ver: tállate las manos, da tres saltos y pellízcate el cachete izquierdo... Ahora repite: “Turrungonia,

Marsipuncia, Racotapio, Soproterio: ¡hagan que de esta arena aparezca un cordero!”.

¡Ups! Creo que nuestra ayuda surtió efecto de más.

—Es demasiado grande para ser un cordero —replica el niño, con cara de sorpresa—. Ocupará mucho espacio en mi planeta.

—Debe ser el calor. Con las manos sudadas, mi poder no funciona.

El enorme animal, que en efecto no es un cordero sino un elefante, corre emocionado por el lugar. Sacude sus orejas y lanza arena por la trompa. Se acerca al niño y juega con su cabellera; parecen caerse bien.

—¡Ey! —llega de repente el piloto—, ¿conocen algún sitio donde arreglen avionetas? ¡Estoy perdido!

—No, señor, lo siento —responde el niño—; también nosotros acabamos de llegar. ¿No le sirve este animal para llegar a su destino? Empezaremos el camino hacia mi planeta. Siento no poder invitarlos, es un lugar pequeño, pero podemos darle un aventón.



—¿Es una broma? Bastante tengo con mi dolor de cabeza. Debo regresar cuanto antes a mi ciudad —responde el hombre, desesperado.

—¿Y cómo es ese lugar? —pregunta, curiosa, Hermelinda.

—Hay muchos edificios, gente por todas partes, las luces iluminan las calles de noche y de día...

—¿Y se alcanza a ver la luna entre esas casas grandes? —insiste la niña.

—No —contesta el hombre, contrariado—, pero todo lo que necesitas lo puedes encontrar. Hoy existen telescopios desde donde la buscas y se ve aún más grande que si la apreciaras a kilómetros de ti.

A la niña le cuesta trabajo imaginar esos mundos tan estrechos, donde paredes y techos de cemento son el único paisaje o en donde si estiras el cuerpo no cabe nada más. El suyo necesitaría tener espacio para abrazar a los amigos y amplitud para mirar el cielo y la naturaleza: con plantas, animales y personas, pero ninguno en encierro.

Por este motivo, este cuento no parece ser el ideal para nuestra bruja, así que se concentra, se talla las manos, da tres saltos y se pellizca el cachete izquierdo:

—Turrungonia, Marsipuncia, Racotapio, Soproterio: ¡hagan que de esta arena aparezca un cohete para irme de nuevo!

Y en eso, ¡puf!, aparece frente a ellos un auto de carreras.



Hermelinda sube al carro, intenta descifrar los controles. Es distinto aparecer las cosas que saberlas manejar, así que, apretando indistintamente los botones, logra arrancar el auto. Apenas tiene tiempo de sostenerse del volante porque corre a gran velocidad.

—¡Es-pe-raaaaaaaa! —le grita el piloto entre una nube de arena.

Hermelinda ya no consigue ver detrás al niño, al hombre y al animal, porque de tanta carrera el auto sale disparado fuera de esta página. ¡Adiós, Hermelinda! ¿Adónde irás a parar?